

Atenea

Revista Bimestral de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

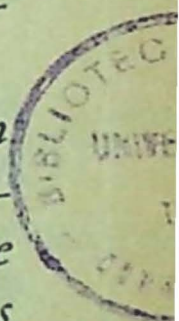
Año XXXIII - Noviembre - Diciembre de 1956 - Núm. 373

Puntos de vista

Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel

EL Premio Nobel, otorgado a Juan Ramón Jiménez, exalta la culminación de un concierto de voces líricas españolas, de un lirismo iniciado toscamente por el Arcipreste de Hita, convertido en doloroso lamento en la églogas de Garcilaso, tejido más tarde en las frondas del misticismo peninsular, para ser disparado, muy cerca de nosotros, por innumerables senderos. Entre sus adalides están los nombres de Salvador Rueda, Antonio Machado, García Lorca y Vicente Aleixandre.

Juan Ramón Jiménez nació a la vida poética con finas y dolientes pulsaciones. Era el amigo de los bosques, siempre dispuesto a captar la entrañable voz de las fuentes. Se le conocía como solitario paseante de los jardines llenos de luna. Para sus contemporáneos era como un romántico rezagado. Con razón pudo decirse que su alma estaba enferma de un mal de selección, de fiebres tan sutiles que se abrían en místicas pulsaciones, en idilios pastoriles, en canciones a novias blancas



que sólo encontraban su problemática felicidad entre ocasos y nocturnos diluídos.

Sus amigos de juventud reconocieron muy pronto su alta jerarquía, supieron admirar al poeta que habría de recorrer con paso firme diversas modalidades del hacer poético. Cansinos-Assans escribió la siguiente semblanza: "Juan Ramón Jiménez es quieto y frío como una sombra, impasible hasta cuando nos muestra el retrato de Verlaine. Y pulcro como un mármol. Lleva ya la barbilla faunesca, a lo Rubén, viste de obscuro, con la elegancia de un dandy, y es como un Musset juvenil, pálido y fino, el Musset galante de las cenas en Tortoni y los bailes en la ópera".

Cuando a la edad de 23 años, Juan Ramón Jiménez envió sus ARIAS TRISTES a Rubén Darío, el nicara-güense, con profética intuición, exclamó: "Desde Bécquer no se ha escuchado en este ambiente de la península un son de arpa, un eco de mandolina, más personal, más individual".

El tiempo se ha encargado de revalidar esas palabras. Porque el poeta, haciéndose un problema de su condición, ha expresado la recóndita nostalgia, la melancolía incurable de su Andalucía, el íntimo sentido de los horizontes que sus ojos y su alma han empujado. Pocos como él han entendido que Andalucía es una tierra triste, que el amor, el cante hondo y el silencio tienen su dramatismo. Con frecuencia, las fuertes reverberaciones lumbrosas andaluzas se han convertido en sus arias en suave mensaje de sentimientos melancólicos.

En su ascensión y en su andar poéticos, Juan Ramón ha recogido los ecos de Salvador Rueda, ha hecho suya la tradición becqueriana. Y entre sus flores poéticas hay aromas de los jardines tan caros a Rubén Darío, a Verlaine y a Musset. De vez en cuando, ronda por sus estrofas la sombra de Góngora y la erguida figura del catalán Rusiñol.

Ha ensayado todas las estrofas. Pero su lira arranca sonos grandiosos en las coordenadas del octosílabo y del alejandrino asonantado. A veces, sus piruetas estróficas nos llevan hasta los umbrales del hai-kai, del triolet y del pantum.

Sólo en una oportunidad, sin obedecer a cuestionarios previos, Juan Ramón Jiménez ha formulado los principios de su estética. El acontecimiento tuvo lugar en Madrid, durante una conferencia pronunciada por el poeta en el salón de actos del Ateneo, en 1934.

Sus ideas pueden resumirse en los siguientes términos, al parecer rebosantes de irreconciliable antagonismo: diafanidad abstracta y sencillez, en cuanto lo sencillo equivale a lo conseguido con menos elementos. Poesía pura cuyo lema es secreto y transparencia. Creación llena de sensibilidad, de voluptuosa y soterrada pasión, ya que la soledad del poeta lo ha purificado todo sin destruir nada. Voz del silencio que maneja con señorío el arte, contradictorio en apariencia, de analizar y sintetizar lo semejante y diverso.

Juan Ramón abordaba los ámbitos de la poesía pura, de un hacer poético que incita a perderse en el va-

cío y en innúmeras abstracciones. Pero su instinto poético le marcó el rumbo para expresar la esencia de las cosas, valiéndose de un lenguaje sencillo, sugerente, de gran pureza. Su técnica, inspirada por un subjetivismo de raíz romántica, lo ha llevado a crear sin esfuerzo, a someter el idioma a una función directa, a rechazar el uso y abuso de las palabras adjetivas.

Con frecuencia, la metáfora está más allá de los vocablos, se desgaja como una resonancia, como un temblor, que hace vibrar la sensibilidad del lector.

Las poesías más alambicadas del autor pueden servirnos de ejemplo. En la titulada "El Adolescente", el poeta plantea y resuelve con los elementos más sencillos, uno de esos problemas subjetivos que prenden en la mentalidad adolescente. El simple motivo de un viaje crea la atmósfera estética en la que hunden sus raíces dudas, sueños y temores, hechos luz al conjuro de palabras de significación corriente, pero orquestadas, según el ritmo privativo del canto. Y en ese "trascielo" del cielo se cumple, con la celeridad de un relámpago, una de esas raras disociaciones entre la gama colorista, entre la seguridad y el miedo.

Procedimiento análogo se emplea para hacer brotar destellos de los conceptos belleza y eternidad, conceptos que unas veces se conjugan y que otras muestran sus puntos de divergencia, para dejar insinuado su posible lugar de encuentro.

"Retreta entre las rosas" nos da la sensación de movimiento en una de esas noches tibias y románticas

de un mes de julio español y andaluz. En el cristal negro y profundo del río inquieto, hay como un desfile de bellos barcos fantasmales. Alguno de ellos encontrará feliz puerto de arribo en la sensibilidad despierta de alguna hembra y de algún varón. Tal era su destino, cuando el poeta, recogiendo influencias de Tagore, echó a navegar sus barcos de graciosa arboladura.

Quizás en la obra de Juan Ramón hay una insistencia, un deseo de hacer patente la verdad de una metáfora que se hace maravilla por obra y gracia de las savias vegetales. Tal vez, en su fondo rebullen soleras orientales. La voz de Jalil Gibrán ensaya su dulce melopea entre la copa de los árboles.

Recordemos que en EL PLATERO Y YO hay un capítulo dedicado a glosar la muerte de un canario. Los niños y el poeta enterrarán al pájaro debajo del rosal grande. La ceremonia tendrá una lírica significación. Quizás el aire se pondrá canoro, "habrá por el sol de abril un errar encantado de alas invisibles y un reguero secreto de trinos claros de oro puro".

¿Cuál es la razón de tanto prodigio?

Aquí se hace realidad la metáfora, rezumante de savias terrícolas. El pájaro, convertido en lira, purificado de su realidad corpórea, se convertirá en canto desde el corazón de una rosa blanca.

No recurre Juan Ramón a las comparaciones. Le basta con dar un salto poético, trenzar la bella pirueta expresiva, disparar hacia el azul del cielo la última esencia de lo que es un pájaro cantor.

En uno de sus sonetos, titulado "Octubre", el poeta actualiza sus recuerdos. Las imágenes subalternas se desplazan para centrar la atención en una tarde de otoño, allá en el infinito campo de Castilla, parva zona envuelta "en la amarilla dulzura de su claro sol poniente".

El poeta observa a los campesinos. Guiado por manos hacendosas, el arado traza surcos paralelos. La sencilla mano abierta "dejaba la semilla en su entraña partida honradamente".

He ahí la evocación objetiva, de una simplicidad encantadora, sin fugas marginales. Pero habrá de producirse la proyección lírica, el poeta necesitará encontrar sentido al hecho de sembrar la semilla honradamente. Y entonces, dos tercetos magistrales nos dirán que pensó arrancarse el corazón y echarlo al surco del terruño abierto, para ver si con romperlo y con sembrarlo, "la primavera le mostraba al mundo el árbol puro del amor eterno".

He ahí insinuado, otra vez, el anhelo de transustanciación, la esperanza puesta en un florecer del corazón, impulso de todos los amores.

Sus libros de versos ANUNCIACIÓN y PIEDRA Y CIELO señalan dos horizontes estéticos hacia los que ha navegado el poeta. En su largo periplo, como puertos de ocasional llegada, se leen los títulos de ARIAS TRISTES, JARDINES LEJANOS, PASTORALES, OLVIDANZAS, LA SOLEDAD LEJANA, POEMAS MÁGICOS Y DOLIENTES, LIBROS DE AMOR, SONETOS ESPIRITUALES, DIARIO DE UN POETA RECIÉN CASADO.

Ahora, al trazar el elogio del poeta andaluz, recordamos el ambiente de aquella conferencia dada por el autor de PLATERO Y YO en el Ateneo de Madrid.

Juan Ramón vestía un sencillo traje, la camisa deportiva abierta sobre el abundante vello, los pies desnudos calzados con sandalias nazarenas. Su barba negra, casi de chivo, oscilaba nerviosa. Muy cerca de él, Miguel de Unamuno amasaba entre sus dedos una negra bola de pan. Ramón del Valle-Inclán cuchicheaba con voz de falsete.

Los poetas jóvenes escucharon al maestro con unción. Y en su mente debieron de formularse los términos de una línea poética. Pero los hombres, no tocados por la gracia de la posible inspiración, aprendieron a recitar esta breve estrofa juanramoniana: "Le he puesto una rosa fresca — a la flauta melancólica: — cuando cante, cantará — con música y con aroma".

¿Acaso no puede ser ésta la raíz de sus metáforas más puras?

El Premio Nobel de Literatura ha destacado una de las voces más puras y originales de la lírica contemporánea.

V. M.